

CAPÍTULO XXI.

El seminario de Goa. — Misioneros en el Congo y en Guinea. — El P. Pedro Claver y los negros en Cartagena. — Caridad del Jesuita. — Medios de que se vale para dulcificar la suerte de los esclavos. — Sus misiones en las cabañas de estos. — Su muerte. — El P. Alejandro de Rhodes en Tong-King y en la Cochinchina. — Martirio de Andrés. — Proscripcion del P. Rhodes. — Llega á Roma y en seguida á Francia. — El Jesuita y M. Olier. — Encaminase á la apertura de la mision de Persia. — Los Jesuitas parias en el Indostan. — Producen un mal efecto sobre los bramias. — El P. Roberto Nobili en el Maduré. — Hácese Saniasis y adopta los usos y costumbres de los bramias. — Sus triunfos en el Maduré. — Acúsanle de fomentador de la idolatria. — Su muerte. — Los PP. Juan Britto y Constancio Beschi. — Los Jesuitas en Chandernagor, en los reinos de Arracan, Pegú, Cambodge y Siam. — El P. Sociro en la isla de Ceylan. — Su martirio. — Asesinan los Protestantes al P. Monreyro. — El P. Cabral en Tibet y en el Nepaul. — Los Jesuitas en el Marañón. — Triunfan de la crueldad de los Guaitaces. — Los PP. Medrano y Figueroa en Nueva-Granada. — Jesuitas traficantes. — Fulmina contra ellos su anatema el arzobispo de Santa Fe de Bogotá. — Los Jesuitas en el Canadá. — La Nueva-Francia y sus primeros misioneros. — Peligros á que se vieron expuestos. — Sus primeros prosélitos. — Los hurones y los iroqueses. — Los ingleses y franceses en la América septentrional. — Afecto de los indígenas por la Francia, y repulsion por los ingleses. — Triunfos de los Jesuitas. — Carácter de la mision. — Su género de vida. — Llamen los Jesuitas á las Hospitalarias y Ursulinas para la asistencia de los enfermos y educacion de los jóvenes salvajes. — Reducciones cristianas. — El P. Fogues y los iroqueses. — Su martirio. — Los Abenakis y los misioneros. — El P. Daniel y sus catecúmenos. — El P. Brebeuf y Gabriel Lallemand son asesinados por los iroqueses. — Martirio del P. Garnier. — El P. Poucet ajusta la paz con los salvajes que le habian mutilado. — Los Jesuitas entre los iroqueses. — Mision de Constantinopla. — El P. Canillac y Enrique IV. — El embajador de Venecia denuncia los Jesuitas al Divan. — El P. José y Coton. — Los Jesuitas en el Levante. — Cirilo Lucar y los Jesuitas. — Funda el P. Lambert la mision de los Maronitas. — Mision de las Antillas.

El imperio celeste, con todos sus numerosos letrados, y el inmenso número de colonos y moradores que cultivaban sus campiñas y poblaban sus villas, no bastaba á satisfacer el ardor apostólico y el ardiente celo de la salvacion de las almas que abrigaban los Jesuitas; cuya voz se dejaba escuchar á un mismo tiempo en

la Etiopia, en el Mogol y Ceylan, en las costas de Coromandel, Bengala, Filipinas, los desiertos de la Guinea, las Molucas y en las comarcas mas remotas del Asia, fecundadas con su palabra, su iniciativa, y hasta con su misma sangre. Do quiera que se encaminaban, domesticaban el instinto y las costumbres feroces de los salvajes; do quiera desarraigaban las antiguas supersticiones, y do quiera, después de haber padecido grandes trabajos, llegaban á triunfar de las pasiones bárbaras ó de los sentimientos de repulsión, que inspiran casi siempre los extranjeros en el ánimo de las poblaciones. En el Mogol, en Granganore y entre los cismáticos abisinios, se habian erigido varios colegios del Instituto por los años de 1616; mientras que en Goa, en esa Roma del Asia, donde reposaba el cadáver de Francisco Javier, adiestraban á los operarios que se debian encaminar á aquellas lejanas playas. Acostumbrábanlos en la penuria, en la beneficencia, abnegacion, sabiduría, y en las tribulaciones de la vida errante y glorias del martirio. En Asia, África y América, donde la Compañía habia vencido tantos obstáculos, no retrocedia ante ningun peligro; mientras que sostenia y aumentaba sus conquistas primitivas, procuraba incesantemente extender su impulsión, y pertrechada en sus pasados triunfos ó en sus reveses, que tambien eran victorias para ella, lanzaba nuevos misioneros á otros nuevos continentes.

El Monomotapa y la Cafrería acogian su enseñanza. En el Brasil y Méjico eran saludados los Jesuitas como sus libertadores. Se encaminaban á Hiagui, y fundaban un colegio en el Potosí, otros dos en Chile, y una nueva colonia en Porto-Seguro; mas no por eso dejaban de experimentar los tiros de la envidia, compañera inseparable del triunfo, la cual nunca perdona la dicha en los otros, y la calumnia, que no guarda consideraciones ni aun con la mas palpable abnegacion. Si los salvajes no los asesinaban á primera vista, pronto se les aficionaban, y corrian en pos de ellos como á hombres privilegiados por Dios. Les seguian con confianza y los escuchaban con respeto. Pero este mismo amor, cuyos testimonios evidentes resaltaban en el seno de las ciudades lo mismo que en los bosques, era una elocuente censura de la codicia de los europeos, ó de la negligente apatía de algunos miembros del clero secular. Semejantes demostraciones originaban ciertos hechos, que daban lugar á disensiones y querellas de amor propio ó de

preferencia, que si en Europa no pasaban de ser frívolas ó superfluas, entre aquellas poblaciones que aun estaban en la cuna del estado social tomaban el carácter de peligrosas. Los Jesuitas habian introducido el cristianismo en las principales regiones del Nuevo Mundo, centuplicando en ellas su accion: sus enémigos trataron de hacerles expiar la grandeza de sus obras por medio de mezquinas intrigas y de oscuros debates teológicos.

Tanto en Europa como en Asia habia Padres á propósito para morar en los palacios de los príncipes, dirigir las conciencias de los reyes, y aleccionar á los sabios: Tambien los hubo dispuestos á rescatar los cristianos cautivos y participar de sus cadenas. Al mismo tiempo que se les veia fundar residencias en Angola y en las costas de Guinea, se les observaba en Tetuan y en la costa del África, fortificando á los esclavos blancos, y diseminando la fe entre los negros del Congo y del interior del país; y cuando la ignorancia ó el embrutecimiento esterilizaban sus esfuerzos, se contentaban con plantar una cruz en la cumbre de una montaña como un signo de esperanza. Véanse precisados á luchar con enemigos de toda especie, que por avaricia se oponian á que se inspirasen sentimientos de humanidad á aquellos desgraciados, y los primeros elementos de la civilizacion. Los portugueses y españoles querian hacer de ellos unas acémilas, mientras que los herejes de Inglaterra y Holanda, pretendidos emancipadores del pensamiento y apóstoles de la libertad, les imponian unas cadenas todavia mas pesadas. Al objeto de impedir que los Jesuitas no paralizasen su odioso tráfico, surcaban los Protestantes los mares, y asesinaban á los misioneros. Los que escapaban á todos estos peligros tropezaban con otros al tocar en las playas, teniendo que luchar con los juglares de Quinola: apelando á la caridad y al raciocinio para destruir las creencias supersticiosas, las costumbres bárbaras y los sacrificios humanos sobre los sepulcros entreabiertos.

Mientras los Jesuitas consumian su existencia en semejantes cuidados, disputando á la rapacidad la última ráfaga de inteligencia de los negros, otro Padre se ofrecia á los de Colombia, haciéndose esclavo de los mismos esclavos, y aun favoreciéndoles con su amistad, á fin de aligerar el peso de sus cadenas y darles un amo menos exigente y mas compasivo que sus compradores. Nacido en Verdú en el principado de Cataluña, por los años

de 1581, podía Pedro Claver, por la nobleza de su origen, aspirar á las mas encumbradas dignidades de la Iglesia, ó á los honores militares; pero consagrándose al Instituto de Jesús, fué á terminar sus estudios al colegio de Mallorca, donde habitaba á la sazón el anciano Alfonso Rodriguez, el cual después de haber pasado una buena parte de su vida en los negocios comerciales, se habia retirado del mundo para vivir en mayor intimidad con Dios. Simple coadjutor y portero del colegio, este humilde Jesuita, á quien el papa Leon XII colocó en el número de los bienaventurados por su decreto de 29 de setiembre de 1824, se unió íntimamente á Claver con los vínculos de la amistad; y al paso que se ocupaba en revelar á su joven discípulo los misterios de la ciencia, trató de iniciarle en los de la santidad; predisponiendo tan perfectamente al novicio para las virtudes apostólicas, que ni todas las fatigas ni todos los peligros reservados á los misioneros fueron suficientes para entibiar su amor á los padecimientos, ni la inmensidad de su celo. Creyendo Claver que existía en el mundo una raza de hombres mas digna de compasion que los salvajes, quiso consagrar á ella todo el lleno de su caridad.

En el mes de noviembre de 1615 arribó á Cartagena, una de las ciudades mas considerables de la América meridional, y cuyo puerto venia á ser la escala del comercio europeo y el gran bazar donde se ejerció el tráfico de los negros, en el cual se les vendia, se les compraba y se les cargaba de trabajos; se les hacia bajar al fondo de las minas, aplicándolos á todas las torturas del hambre, de la sed, del frio y del calor para acrecentar sus tesoros; y cuando bajo aquel sol abrasador y bajo aquellas tempestades que consumen tan pronto las complexiones mas robustas, aquellos pobres esclavos habian agotado sus fuerzas para fertilizar un suelo ingrato, los abandonaban sus amos á la desesperacion de una vejez anticipada, y morian sin socorro, como habian vivido destituidos de toda esperanza.

Esta miseria, sostenedora del lujo y de la opulencia, no se les habia escapado á los Jesuitas. El P. Sandóval habia precedido á Claver en esta playa; y aunque nacido, como él, en la grandeza, se habia impuesto el deber de consolar y aliviar los padecimientos de tantos infortunados. Alfonso Rodriguez habia enseñado á Claver la teoría de la abnegacion, y Sandóval le hizo conocer la práctica. Apenas le hubo formado para el género de vida, ó por

mejor decir, para aquella continuidad de infortunios que necesitaba tolerar por un lado y dulcificar por otro, cuando el Jesuita, envejecido en las buenas obras, conoció que podía abdicar en sus manos el cetro de la humillacion. Púsose Sandóval á recorrer el desierto, abriéndose paso por entre los bosques mas espesos para anunciar á los negros libres la buena nueva de Jesucristo; espirando después este hombre, cuya familia nadaba en la opulencia, cubierto de úlceras que voluntariamente habia contraído por su caridad.

No era la diversidad de lugares ó de climas, ni esa necesidad de cambio tan consoladora al corazon humano, lo que hacia confiar á Claver que veria compensados sus trabajos en Cartagena: miraba el porvenir con el mismo aspecto que al tiempo actual, lleno siempre de las mismas calamidades, y siempre portador de la misma ignorancia, los mismos terrores y las mismas enfermedades. Los negros eran los únicos que se renovaban. Cada dia comunicaba al Padre una monotonía de solicitudes, de afanosos cuidados y de cariño, que hubiera sido suficiente para dar al través con la paciencia mas ejercitada. Los esclavos morian pronto diezmados por los trabajos y el calor: los reemplazaban con otros, y venia á ser su obra la tela de Penelope. Pero no echaba mano de esa estéril filantropía que en las tribunas políticas ó en las academias hace derramar algunas lágrimas, oficialmente dictadas para fingir acerca de los infortunios de los hombres de color. El amigo de los negros no se contentaba con dejarse conmover desde léjos, escuchando los relatos novelescamente engalanados ó las frases humanitarias de los especuladores de obras buenas. Se habia, sí, decidido á participar de su miserable existencia, porque este era el único medio de enseñarles á no maldecirlo, y de conducirlos por grados desde la idolatria al cristianismo, y desde la esclavitud á la emancipacion.

Cuando entraba un buque en el puerto, acudia Claver con su provision de bizcochos, limones, aguardiente y tabaco, y prodigando sus caricias á aquellos esclavos embrutecidos con los trabajos de una larga travesía, temblando siempre bajo el peso de las amenazas ó del látigo. Les hablaba de un padre y de una patria que tenian en el cielo, ya que sus padres ó sus principes habian tenido la crueldad de venderlos. Recibia en sus brazos á los enfermos, bautizaba á sus niños, fortificaba á los robustos, y ha-

ciéndose su criado, les daba á conocer por señas que siempre y do quiera estaria á sus órdenes, pronto á compartir sus padecimientos y dispuestó á instruirlos, sin retroceder jamás, aun cuando le exigiesen el sacrificio de sus dias.

Á vista de los infortunios de que acababan de ser víctimas, y en presencia de los que les aguardaban aun, aquellos negros, que solo veian desprecio ó impasibilidad en la fisonomía de los blancos, no podian resistirse en depositar su confianza en aquel hombre, á quien sus compatriotas, acostumbrados ya al yugo europeo, saludaban como á un amigo. Una vez obtenida su confianza, trató Claver de inocular en ellos las máximas del Evangelio. Muchos obstáculos de varias clases tenia que vencer, tales como el de encontrar intérpretes, pagarlos y aleccionarlos en el arte de hacerse misioneros por sustitucion. Púsose Claver á mendigar de puerta en puerta tendiendo su mano en las plazas públicas; y después de haber arrancado á los colonos el permiso de visitar á los negros en sus casas ó en las minas, se dejaba ver este Jesuita catalan caminando á través de los campos, pálido siempre, devorado por una continua calentura, y con el cuerpo siempre extenuado por las mas crueles enfermedades, para conducir á los esclavos un rayo de esperanza y de salvacion.

Apoyado en su báculo, con un Crucifijo de bronce colgado al pecho, y agobiados los hombros bajo el peso de las provisiones que va á ofrecerles, recorre con un paso que la caridad transforma en ágil los caminos abrasados por los rayos del sol; atraviesa los rios, desafia el ímpetu de las lluvias y las variaciones del clima; y cuando sale de una casa en que la aglomeracion de esclavos condensa el aire infecto ya por el amontonamiento de tantos cuerpos contagiados, se presenta en seguida en el punto destinado para los enfermos. Como estos necesitan mas socorros y mas consuelo que los demás, su primera visita les pertenece de derecho. Una vez en él, les lava la cara, cura sus llagas, les distribuye los medicamentos y jarabes, les exhorta á sufrir por Dios que murió en la cruz para rescatarlos; y cuando ya ha logrado calmar todas las dolencias del cuerpo y del alma, reúne los esclavos en derredor del altar erigido por sus manos, y pone ante sus ojos un cuadro de Jesucristo en el Calvario, de Jesucristo que tambien derramó su sangre por los negros: coloca en seguida los hombres á un lado y las mujeres á otro, sobre unas esteras que

el mismo ha colocado, y con aire radiante y extremada caridad da principio, en medio de aquellos seres degradados, desnudos y plagados de inmundicia, á las instrucciones que sabe amoldar á su natural rusticidad.

Prescindiendo de los negros públicamente esclavos, habia en Cartagena otros á quienes la codicia de sus amos tenia ocultos, y que por eximirse de pagar el diezmo impuesto por el monarca español, eran vendidos en secreto á ciertos comerciantes que los destinaban á los ingenios de azúcar. El estado de estos era, si cabe, aun mas infeliz que el de los demás. El Gobierno ignoraba esta clase de contrabando, y Claver lo adivinó, mas no con ánimo de denunciarlo, sino para que estos infelices no estuviesen mas privados de los beneficios del Evangelio que sus hermanos. Claver juró guardar el secreto, con tal que le permitiesen instruirlos y bautizarlos: secreto que se llevó consigo á la tumba.

No bastando á su celo el haber transformado en cristianos á tantos infortunados, trató de inculcarles los primeros rudimentos de la moral evangélica. La Sociedad le constituia esclavo de Dios; pero cuando fue llamado á pronunciar sus votos solemnes, queriendo sojuzgarse bajo un yugo mas pesado que al que aquella le imponia, firmó de este modo su profesion: *Pedro, esclavo de los negros para siempre*. Claver se entregaba todo entero al servicio de aquellas hordas groseras, y jamás se separó de ellas. Después de conferir el Bautismo á los menos estúpidos, quiso tambien inspirarles algunos sentimientos de humanidad: eran débiles, y temblaban en presencia de sus amos, y quiso realzarlos delante de Dios. Sus amos evitaban su contacto, porque el solo contacto engendraba exhalaciones fétidas; pero Claver, que solo veia en ellos unos cristianos, quiso que al menos en la iglesia de los Jesuitas reinase la igualdad como en el cielo y en la tumba.

Vituperanle su celo, amenazándole con dejar desierta su iglesia, y el Jesuita contesta que si los negros han sido comprados como bestias por la barbarie de los hombres, no por eso han perdido el derecho de hijos de Dios; que tienen obligacion de cumplir los preceptos de la Iglesia, y que siendo él un pastor, debe distribuirles el pasto de la divina palabra. Con esto pudieron en adelante los negros acudir al santuario como los blancos, y mezclarse con los europeos.

En medio de tanta desolacion habian ido creciendo los mayo-

res vicios. El desenfreno se presentaba en toda su desnudez, acompañado siempre de los mas vergonzosos placeres, y solo germinaba enfermedades obscenas, y jamás suscitaba un remordimiento. El pudor era una frase desconocida para los negros, hasta que conduciéndolos Claver como por grados al conocimiento y práctica de la virtud, logró á fuerza de ternura y lecciones afectuosas inocular en su corazon los sentimientos de sobriedad y pureza. Resignado por espacio de cuarenta años á las peripecias de esta penosa existencia, de la que solo hemos descrito un dia, miraba á los leprosos y contagiados como otros tantos hijos de predileccion. Pero este anciano destinado á ver á la humanidad bajo tan espantosas y horribles fases, no tardó en adquirir las mismas dolencias que tantas veces habia mitigado. Empezó á perder poco á poco el uso de sus piernas y brazos, y por último entregó su alma en manos del que habia padecido por negros y blancos tan atroces torturas, el 8 de setiembre de 1654.

Como durante el transcurso de su prolongada existencia habia procurado confundir en el mismo amor al colono y al esclavo, al blanco y al atezado, se los vió después congregarse en un mismo sentimiento de admiracion, piedad y luto en derredor de su tumba. Si los magistrados de Cartagena y el mismo gobernador, don Pedro Zapata, á su frente, solicitaron el honor de costear á sus expensas el funeral de este Apóstol de la humillacion, los negros y aun los mismos marrones, ó los negros fugados á las montañas, asistieron á la pompa fúnebre, dejándose escuchar un solo grito desde el centro del palacio mas fastuoso, como en la choza mas humilde, que expresaba la gratitud y veneracion hácia este caritativo ser que tanto habia glorificado á la humanidad ¹.

Mientras que el P. Claver revelaba al mundo el poder que puede ejercer la caridad de un hombre sobre las naturalezas mas ingratas, otro misionero de la Compañía, el P. Alejandro de Rhodes, nacido en Aviñon en 1591 franqueaba al cristianismo las puertas de la Cochinchina. Habia ya roto las de Tong-King, una de las mas importantes del An-Nam, predicado en ella el Evangelio; y á fines de 1624 penetraba en las montañas de la Cochinchina.

¹ Benedicto XIV confirmó en 1747 el decreto de la Congregacion de Ritos, que declaraba suficientes las pruebas del grado de heroismo en que el P. Claver poseia todas las virtudes, y Pío IX acaba de beatificar á este Javier de las Indias occidentales, nuestro paisano.

china. «El idioma de esta nacion, dice el Jesuita en una de las «relaciones de sus diversos viajes, me asombró en un principio; «porque forma como una continua música, y la misma palabra, y «aun la misma sílaba pronunciada de diferente manera, tiene «á veces veinte y cuatro significaciones enteramente distintas. «Cuando los oí hablar por primera vez, me parecia escuchar un «gorjeo de pájaros, y casi perdí las esperanzas de aprender aquella «baraunda.»

Sin embargo llegó á poseerle con perfeccion; si bien es verdad que desde 1624 á 1640 caminó sucesivamente por el Tong-King y la China, conversando con los reyes, y anunciando á los pueblos la palabra divina; hasta que en 1640 fue destinado definitivamente para ejercer su ministerio en la Cochinchina.

Y no era ciertamente á unos salvajes á quienes iba á predicar los dogmas del cristianismo; sabíalo muy bien el P. Rhodes, y conformándose con aquellas costumbres de obediencia ciega hácia el Soberano, y con aquella maravillosa aptitud para comprenderlo todo, hacia de aquellos pueblos una especie de clase de letrados. Pudo enseñarles á domar sus pasiones y á creer; y cuando hubo formado algunos fervientes prosélitos estalló la persecucion. En el mes de julio de 1644 acompañó al lugar del suplicio hasta verle morir, á un jóven á quien habia bautizado bajo el nombre de Andrés, que habia sido llamado al martirio ó al perjurio.

El rey de la Cochinchina trataba de paralizar los progresos del cristianismo derramando sangre. Imitáronle sus administradores en las provincias sin obtener mejor éxito. El gobernador de la de Cham-Tao manda abrir un registro de los neófitos, esperando que la mayor parte de ellos no se atreverian á insultar su cólera proclamándose cristianos. Ni uno solo retrocedió á vista de semejante exigencia, y todos se presentaron con júbilo confesando su religion. Como Alejandro de Rhodes era en su concepto el mas culpable de todos, le dió orden para que saliese inmediatamente del territorio imperial; mas «hallándome solo, dice el mismo Jesuita, no me pareció conveniente abandonar á treinta mil «cristianos dejándoles sin pastor alguno; y retirándome de la «corte, permanecí oculto, habitando de dia en una barquichuela «con ocho de mis catecúmenos, y dirigiéndome por la noche á «visitar á los Cristianos que se reunian en ciertas casas.»

Mas esta existencia misteriosa vino á durar poco mas de un